

# QUÉ SABE UN NIÑO

Biblioteca Regional  
MURCIA

26 - Abril - 1997

Conferencias

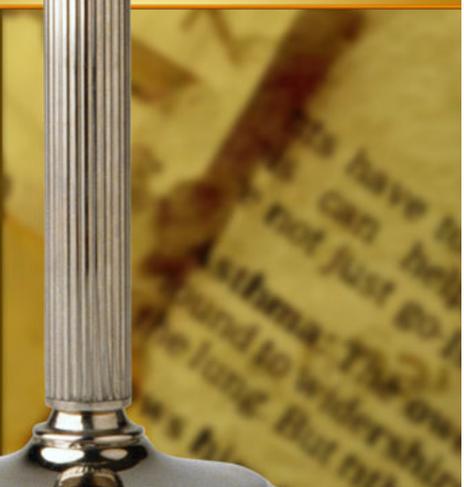
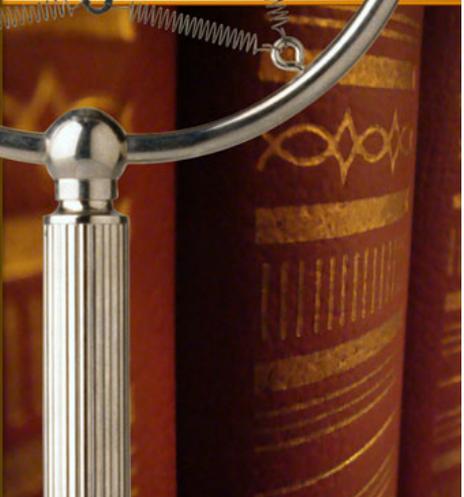


AGC



PRIX DE L'ABONNEMENT

On s'abonne aux Bureaux du Journal, 5, LEVARD DES ITALIES



Importante es que ustedes también hablen conmigo acerca de esta cuestión que a todos les toca o les hiere, ya como maestros, ya como padres y madres, o ya como gente, sin más; porque nadie hay pienso yo que no se haya asomado al misterio, al conflicto, de qué es eso de un niño, de ser niño, y de las relaciones que tiene con esta cosa que desde aquí arriba llamamos 'saber'. Querría conmemorar un momento las labores, a veces ímprobos, de quienes se han dedicado a las labores de la enseñanza. Quiero recordar en especial a mi tía Augusta Calvo, maestra ya jubilada, en la que he reconocido uno de los casos de más habilidad y sensibilidad para tratar por los pueblos de Zamora y Salamanca con niños de muy corta edad, un especial entendimiento que a veces me recordaba el otro ejemplo, que está ya en la fama universal, el de Lucila Godoy, es decir, la poetisa Gabriela Mistral, maestra también y ejemplo de maestras. Una y otra, mi tía Augusta, Gabriela Mistral, no tuvieron niños y esto no es probablemente ninguna casualidad. Se trata del trato no con niños cualesquiera, sino con niños ajenos, niños de otros. Es lo que parece que se dice en uno de los versos recuperados del primer testimonio de lengua hispana, mozárabe, en una de las jarchas hay una canción que dice: «Fillolu ayenu», al parecer hablando de, o más bien con, eso, un hijito ajeno, un hijito de otros. Porque en verdad hablando de niños, y recordando lo que uno siente de los niños, tiene uno que darle razón a aquello que el poeta Lucrecio, en el libro V del *De Rerum Natura* insinúa presentándonos las gracias, el encanto de los niños como el medio por el cual esta horda humana ha conseguido subsistir hasta nuestros tiempos, los suyos de Lucrecio que son prácticamente los nuestros. Le parecía que, dadas las condiciones, más bien sospechosas o crueles que caracterizan a esta horda, probablemente la supervivencia y la renovación de las generaciones no se hubiera cumplido si no hubiese sido porque la fiereza de los padres, como dice él, quedaba vencida ocasionalmente por la gracia, las gracias, y la ternura de los niños. Presenta pues a los niños como venciendo toda la mala intención y la mala condición de los mayores, de los padres, y sirviendo así como medio para que por lo menos esta horda subsista y siga renovándose de siglo en siglo.

Tiene una tentación, al menos en parte, de darle razón al padre Lucrecio, en esta estimación del encanto, de las gracias, de los niños. Pero, por supuesto, se trata de lo que he dicho, de niños ajenos. Lo peor de un niño cualquiera es que sea mío. Eso ya es otra cuestión. Los niños están muy bien, pero el cargar con la relación de propiedad, fundamento de nuestra sociedad, o sea, que los niños sean míos y yo sea padre o madre, a los niños evidentemente, si no les quita del todo la gracia con que vinieron a este mundo, por lo menos se la estropea en gran medida. La propiedad, se dé donde se dé, no es compatible con nada bueno. Ya se sabe que propiedad quiere decir dinero y que dinero es muerte. De modo que el que los niños sean de uno es una desgracia que no nos deberíamos ocultar nunca así como pensar que esta relación de propiedad o pertenencia se puede establecer sobre las criaturas sin que ellas, por ello, sufran nada ni nosotros tampoco. Esto no puede ser. La condición de la ajenidad, de no ser míos, sería una condición indispensable para que esas gracias estuvieran vivas; porque eso querría decir, al librarnos del 'mío' y del 'tuyo', librarnos del Dinero mismo, es decir, de la maldición fundamental de toda la sociedad adulta.

No es a esto a lo que nos dedicamos de ordinario. Ni padres ni madres, ni siquiera educadores. Por el contrario, tratamos de enseñarles desde pequeñitos el manejo del dinero. En la culminación de este progreso de la horda, en el Régimen que hoy

padecemos, la cosa ha llegado a sus extremos, como era lógico y congruente. Lo que se hace con los niños son cosas verdaderamente mortíferas, funerarias, y por doquiera. Voy a recordaros algunas de esas cosas. Un ejemplo lo tienen ustedes en la Educación Vial, de la que el otro día Isabel Escudero me comentaba irónicamente algunos de los rasgos, que son útiles. Saben ustedes que en la Sociedad del Bienestar, en el Régimen que padecemos, el automóvil personal no sólo es una supuesta necesidad para el movimiento del Capital, de primer orden, sino que además es un símbolo, una especie de representación, el símbolo de la personalidad, de la creencia en el Hombre, en el que la Democracia desarrollada está basada. Estamos así invadidos, aplastados por los autos, por esas necesidades que vienen desde arriba, que son al mismo tiempo el movimiento del gran Capital y la Fe, la necesidad de la fe en el Individuo Personal, en que cada uno sabe adónde va, una estupidez que por lo bajo reconocemos que es mentira, pero que no por ello tiene que imponerse menos ferozmente. Educación Vial, por lo que sé, consiste en enseñar a los niños a esquivar como puedan por las calles a los autos para no quedar aplastados demasiado pronto. Ésa es más o menos la cuestión; es decir, se les enseña a reconocer la condición de jungla, de jungla automovilística, y entonces se les enseñan astucias y habilidades para irse escurriendo de la manera más eficaz por medio del torrente de los automóviles. Comprenderán que tenemos aquí la ambigüedad fundamental: sí, a lo mejor con eso, como con otros cuidados más o menos pedagógicos, se evita alguna muerte de algún niño de cuando en cuando, pero entre tanto se está consiguiendo con ello la Muerte, en el sentido más profundo, de todos. Porque el reconocimiento del automóvil como si fuera una naturaleza, como si fueran árboles o lechugas, es el reconocimiento de la necesidad del Capital y de su Fe, y esto es muerte. Y enseñar a los niños a reconocer esto como si fuera una especie de naturaleza es, literalmente, matarlos.

Entre paréntesis, les recordaré que frente a la alabanza de las gracias y encantos de los niños que antes les he recordado surge siempre una frase que Juan de Mairena dice en el libro de Machado, hablando de pedagogía: «Un pedagogo hubo: se llamaba Herodes». Uno puede ver en la frase de Juan de Mairena, aunque superficialmente, una crítica del sistema de enseñanza, pero, como van viendo, ahora la cosa tiene un significado más profundo. Quiere revelar que efectivamente la Pedagogía, por lo menos de una manera central y mayoritaria, consiste en eso, en realizar la operación de Herodes, dar la muerte. No de una manera tan descarada, no tan mal como lo hizo Herodes, sino de estas otras maneras que les voy revelando.

No sólo lo ven en la Educación Vial: lo ven en el caso de cualquier niño que pide unos euros, para comprar, desde pequeñito. Esto les revela a ustedes también la muerte ya en plena marcha, y en pleno dominio. Al niño se le ha inculcado ya que eso de vivir, déjate de tonterías, consiste en realizar las operaciones del cambio económico, en comprar y vender, el sustituto de la vida, lo que ellos desde arriba suelen llamar "vida", una vez y otra, con toda la desvergüenza y con todo el imperio que les da la ocupación de los cargos del Poder. La vida consiste en eso que llaman, cuando dicen que, por ejemplo, una Empresa productora de inutilidades viene a "darle vida" a un pueblecito o a una ciudad: viene a darle vida destruyéndola y promoviendo mucho jaleo de obras y de camiones, que es lo que ellos llaman "vida". Y llaman "vida" sobre todo al flujo del dinero, al flujo de los números de dinero. Porque el Dinero no es otra cosa que números. Pues ya ven qué pronto a los pobres niños se les educa en esto. Se les enseña que la vida es comprar y vender. Y por desgracia ellos, mayoritariamente,

pues lo aceptan desde pronto, y no es nada extraño que a los tres años, a los cuatro, los encontréis pidiendo unos euros para ir a comprar al quiosco. Ir a comprar ¿qué? Si se fija uno un poco, verá que en la mayor parte de los casos les importa un bledo qué es lo que van a comprar. Si incluso el pretesto era comprar un chupachús, podemos encontrar el chupachús en un rincón de la casa al cabo de media hora completamente olvidado. El chupachús o lo que fuera era un mero pretesto. Ellos saben que lo que tienen que hacer es pedir para comprar, ir a comprar, traer el producto, etcétera, y realizar las demás operaciones. Bueno, pues esto es Herodes. Qué se le va a hacer. Esto es Herodes, lo mismo que en el caso de la Educación Vial. Nuestra enseñanza para con los niños se dedica a cosas como éstas.

Después, para qué decir las cosas más evidentes y sangrientas. Si los abandonamos completamente indefensos delante de la Pequeña Pantalla con un pretesto u otro, pues ya la consagración de la Muerte, del imperio de la Muerte, se está cumpliendo del todo. Y no piensen ustedes que, sí, sigue habiendo escuelas y a los niños se dice que se les enseña lo que toca en las escuelas; pero eso no es casi nada comparado con la televisión. El verdadero órgano de educación en el Régimen que hoy padecemos es la Televisión, y las escuelas y todo lo demás a su lado son poca cosa. Complementan, a veces contradicen, pero el Órgano de Cultura, el Órgano de Educación, es la Televisión. Los abandonamos porque nosotros somos lo bastante idiotas para habernos creído que en la televisión puede haber diferencias, entre programas para niños, programas buenos, programas malos, programas culturales, programas no culturales, programas violentos, programas no violentos... Somos lo bastante idiotas para no haber reconocido en la Televisión en bloque y sin más una especie de órgano mortífero que ha nacido precisamente para dar muerte y que, sean cualesquiera los programas y las maneras, no puede hacer otra cosa más que dar muerte, es decir, contribuir a convertir la vida en un Tiempo Vacío, ese Tiempo Vacío que sobre todo subsiste cuando es un tiempo vacío llenado, como en el caso de la Televisión y las diversiones en general: ese Tiempo Vacío que el Capital necesita para sus manejos, porque sólo ese Tiempo Vacío, futuro, vacío, es el que mueve dinero y es Dinero él mismo. Ése lo necesitan, y entonces, pues a las poblaciones se les hace servir para esa necesidad, simplemente. Se les llena el tiempo para que el tiempo sea vacío, y entonces la vida queda sustituida por eso. Entonces los mayores, incluso los mejor intencionados, creyendo que de verdad puede haber programas para niños, aptos, y que deben evitarse programas violentos y que hay programas de dignidad cultural, y luego que hay telebasura, cuando abandonan a los niños delante, pues los están abandonando delante de la Pequeña Pantalla a la imposición de su muerte. Porque ya para el niño no hay otra cosa más que eso, más que conversión en Tiempo Vacío y Muerte.

Por desgracia, en esto como en lo demás, sucede que los propios niños desde muy pronto se hacen colaboradores, es decir, aceptan, empiezan a distinguir entre programas, a decir que éste les gusta y el otro no les gusta. Se están educando para la Democracia, naturalmente, y el imperio del gusto personal en un niño puede llegar a ser feroz en la Sociedad del Bienestar. Defender, aparentemente con pasión, y desde lo hondo, el derecho a tener su gusto, personal, a elegir este chupachús o el otro, esta marca de camisetas o la otra, este programa o el otro, es una cosa que a veces aparece, literalmente feroz, entre los niños de nuestra sociedad. Han incorporado el Ideal del Régimen reinante. Se están educando para la Democracia, que se funda en que cada uno crea que tiene su Gusto Personal, que sabe lo que hace, que sabe qué

quiere, que sabe qué compra, que sabe qué vota, que sabe adónde va. Y los pobres, pues lo aprenden desde pronto; no es muy difícil aprender esta estupidez, por desgracia. Se aprende enseguida y se funciona de acuerdo con ello.

Les he dado algunas muestras de lo que es lo que hacemos con los niños, de ordinario, fundados en nuestras propias creencias, en nuestro propio saber, que nos creemos que sabemos, acerca de la realidad. Esto tiene un fundamento muy profundo; no es ninguna cosa propia y exclusiva del Régimen que hoy padecemos, el de la Sociedad del Bienestar, el de la Democracia Desarrollada. Aquí se da de una manera fulminante porque en esta época se consuman todas las épocas, están como concentradas aquí. Pero no es nada propio: está en el arranque mismo de la Historia. Lo primero que a un niño se le enseña es que se tiene que morir mañana. Ésta es la primera idea, y esto se ha hecho desde siempre. «Tienes que morirte, estás condenado a muerte». Esta declaración, que es sustancialmente la misma que un juez puede lanzarle a un reo en el momento en que sentencia y lo condena, es la primera que a todo niño le lanzamos, y sobre ella se funda ya todo el resto de su formación. Se puede decir con buen motivo que esta idea de la muerte futura, de mi muerte siempre futura, es la madre de todas las demás ideas, y por tanto, el fundamento de la Realidad. Todo el resto del saber sobre la Realidad se va a fundar sobre esta Idea y condicionado por esta Idea. Es sobre esta Idea de la condena a muerte sobre la que se va a crear ese Tiempo Vacío al que llamamos Futuro, que es al mismo tiempo el tiempo de la Historia y sobre el que todos los manejos a que antes he aludido van a tener que desarrollarse.

¿Qué les estoy diciendo a ustedes? Que esa parte de mi título, 'saber', de 'qué sabe un niño', esa parte quiere decir 'muerte'. Saber es muerte, y eso se desarrolla bien cuando se entiende hasta qué punto la idea de la muerte, muerte siempre futura, es primordial, es origen con respecto a todos los demás saberes. Saber es Muerte, el Conocimiento es Muerte, porque todo el objeto del conocimiento, eso a lo que llamamos Realidad, está fundado en la muerte. En realidad todo aquello que se sabe ha quedado ya muerto; es como cuando el sabio para estudiar un animalito lo primero que tiene que hacer es disecarlo, clavarlo, y, si no, no hay análisis que valga. El objeto de nuestro conocimiento está muerto, es una realidad muerta. Y sólo gracias a que está muerta, sabida; una realidad que pretende estar ahí permanente; y permanece y se impone sólo gracias a eso, a su condición letal, mortífera.

Bueno, pues los niños, sin embargo, no nacen muertos. Esto es una cosa que puede sorprenderles después de lo dicho, pero, sin embargo, hay que reconocerlo también, aunque sea contradictorio. Los niños no nacen muertos. Desde luego los padres y la Ciencia y la Educación bien que lo procuran, bien que procuran que nazcan muertos, porque desde luego así es como no darían ninguna guerra, no correrían ningún peligro de perturbar el orden reinante para nadie. Bien que lo procuran. ¿Cómo? Por ejemplo, entre otras cosas, por medio de la Ciencia y Pedagogía que trata acerca del nacimiento, de los embriones, de los genes, de los partos, de la relación sexual conducente a la generación... y todas esas cositas que se cree que a ustedes les gustan tanto; porque se las venden, y ustedes a veces las compran. Y supongo que por lo bajo todo el mundo reconoce que son unas porquerías, y unas mentiras, pero ahí están: ahí está la educación sexual, ahí está el parto, ahí están los genes y ahí están los embriones y los fetos de tal edad o de cual edad. Pues lo terrible es que, no contentos con venderles a ustedes esos productos, quieren vendérselos también a los niños y me-

terlos en la escuela cuanto más abajo mejor y que los niños se enteren de cómo se hace un niño, que hasta los niños se enteren de cómo se hace un niño, de en qué consiste un embrión, de cuál es la herencia y los genes, de cómo papá pone su semillita dentro de mamá y entonces mamá empieza a desarrollar un huevo; y todas esas cosas que me da tanta vergüenza y asco citar siquiera en esta sala, pero que no tengo más remedio que hacerlo para recordarles de qué es de lo que estoy hablando. Pues sí, quieren que el niño se entere, y esto es a lo que he estado llamando procurar que los niños dentro de lo posible nazcan ya muertos. Porque evidentemente si llega a saberse también todo acerca del misterio de la vida y del nacimiento y del amor, si llega a saberse, es que ya tenemos todo perfectamente muerto y dispuesto para el análisis.

A propósito de varios ejemplos les he dicho y lamentado la facilidad con que los niños, enseguida, aprenden y se hacen cargo de todas estas cosas mortíferas, de tal forma que un niño, después de haber aprendido a hablar (un proceso al que me dedicaré dentro de un momento), casi enseguida, ya está dispuesto a convertirse en un representante de la Democracia Desarrollada, es decir, a cargar con todas las perversiones posibles. Sin embargo, esto nunca es verdad del todo: los niños, a pesar de todo, no nacen muertos: a pesar de todo siguen trayendo, siguen empeñándose en traer a este mundo algo de vida, entendiendo por 'vida' una cosa negativa, entendiendo por 'vida' lo que NO ES el sustituto que a ustedes les venden con nombre de vida, lo que no es eso: esa otra cosa que se añora y que nos hace reconocer esto que les venden como Sustituto, como mentira.

La consecuencia es que un niño... no es un niño, sino dos, o mejor dicho, uno y otro: porque, para que uno y otro sean dos, puedan sumarse en uno, tienen que hacerse uno y otro el mismo: entre tanto, no son ni siquiera dos, sino mucho más. Yo mismo recuerdo bien que cuando era pequeño era dos, era uno y otro, y además uno contra el otro. Había llegado... habían llegado a desarrollar hasta sus nombres propios, o, mejor dicho, uno se llamaba con un nombre propio, se llamaba Rueda, por ejemplo, y el otro, El Otro (Lotro, unificando eso); y éramos yo los dos. Son trucos un poco desesperados que un niño de cinco, de seis, de siete años, puede buscarse para resistirse a la unificación, que quiere decir la dominación total y la sumisión a la propia muerte. Porque mientras uno no sea del todo Uno, sino uno y otro, pues por lo menos puede que Uno esté condenado a muerte, pero que el otro no, porque el otro es contrario.

Estos días he recordado en nombre del niño esta resistencia, cuando se le quiere convencer de que ése que ve en el espejo, con los ricitos que le ha hecho su madre, con la cofia que le ha bordado su abuela, o con lo que sea, que ése es él realmente. Hay una rebelión, una fórmula que les recuerdo de nuevo, la de quien delante del espejo dice: «Pero ése, no soy yo», porque siente todavía que en eso de 'yo' hay algo que no coincide con la imagen del espejo, ni con todas las demás formaciones en que quieren encerrarlo a uno y convencerle de que uno es Uno.

Uno está en guerra consigo mismo. Hay que decir que tampoco esto es exclusivo de los niños; que de mayores también seguimos, más o menos, siendo dos, es decir: estando en conflicto, estando rotos. Éste es justamente el único aliento de vida que tenemos. Si cada uno de nosotros estuviera perfectamente hecho, y convencido ya,

terminada ya toda la educación superior, convencido ya de que él es él y se acabó (él es él, el que está en su Documento de Identidad, y determinado por su muerte siempre futura), entonces ya la Realidad sería total y sería inevitable. Claro que no es así, eso es el aliento de vida. No es así; porque, por un lado, desde la Televisión y demás órganos de Formación de Masas continuamente les están queriendo convencer de que es así, y, si fuera así como ellos dicen, no tendrían por qué andarse molestando todos los días en confirmar la Realidad y la Muerte como lo tienen que hacer. Esto es un consuelo y un aliento. Esa operación mortal ni siquiera con la edad adulta está nunca terminada del todo, siempre quedan imperfecciones, resquebrajaduras. Por ahí seguimos viviendo.

Frente a lo del saber ("qué sabe un niño"), el Saber del conocimiento de la Realidad, les recuerdo la operación del saber; pero éste sería un 'saber hacer', otra cosa distinta, al que aludimos como lenguaje. Porque el lenguaje tiene, frente a toda esta Formación de Ideas, la primera la de la Muerte, a la que llamamos Realidad, esta distinción: que él, que es justamente el que habla de esta Realidad, no puede pertenecer a esa Realidad mientras está hablando de ella. El que habla no es aquello de que habla. Esta perogrullada es fundamental. Y es verdad que el lenguaje puede haber contribuido, a través de su vocabulario esencialmente, a la constitución de esa Realidad. Pero luego el lenguaje sigue funcionando, el lenguaje sigue hablando, y entre otras cosas puede dedicarse, como lo está haciendo esta mañana, a desmontar por lo menos grandes partes de esa construcción de la Realidad a la que él mismo ha servido. Así es de contradictorio.

Para poder hacer esto, el lenguaje no puede ser personal; porque la persona, eso que les metemos a los niños desde tan pronto, la persona es real, es constitutiva de la Realidad. El lenguaje tiene que ser no personal, y lo es: es común, nadie lo posee. Ninguno de ustedes, así de bien como hablan, sabe de verdad cómo es el aparato, la gramática, enormemente compleja y rica, que sirve para poder hablar, construir una frase, enlazar tres frases seguidas. Prueba de que no les pertenece a ustedes. Es de verdad común. Por tanto es gratuito, frente a la Cultura y el Saber: éstos no son gratuitos: saber vale dinero y cuesta dinero. Pero el lenguaje no. El lenguaje es la única cosa humana de verdad gratuita; muchas veces más gratuita que las que se llaman naturales, como el agua o el aire; más de verdad gratuita, para todos y para cualquiera.

Supongo que ustedes habrán oído que los que nos hemos dedicado a estudiar el lenguaje nos vemos obligados a reconocer que, cuando un niño viene a este mundo, trae ya, de alguna manera, aunque sea de una manera muy general, esta gramática común. Si no fuera así, no podría entenderse que un niño fuera capaz de aprender una lengua cualquiera, y menos con la rapidez que lo hacen, entre el año y medio y los dos años y medio, donde ya se han hecho cargo de toda la lengua que les ha tocado. Si no tuvieran el fundamento común, eso sería inexplicable del todo. De manera que ya van viendo que, si antes les decía algo de que a pesar de todo los niños no nacen muertos y que traen algo de vida, siempre, eso de que traen algo de vida tienen que relacionarlo con esto de que traen algo de gramática común. Parecen cosas muy diferentes, pero la una va con la otra.

¿Qué es lo que pasa con un bebé, con un niño, en cuanto empieza a llegar al año de edad y hasta los dos y medio, los tres, en los casos más corrientes? Pues lo que

pasa es una guerra, un conflicto, entre esta gramática común con la que vienen al mundo, que no es de nadie, y la gramática de la lengua de Babel que les ha tocado, la de los padres y del entorno. No voy a detenerme mucho en ello, pero una de las cosas que los niños, incluso ya hasta los cuatro, los cinco años, siguen haciendo es intentar regularizar la gramática de la lengua que les ha tocado: intentan hacer todos los verbos regulares y que sólo muy lentamente se resignan a que haya verbos irregulares, por ejemplo en español, como una muestra entre otras muchas. Es decir, ellos tratan de imponer una norma gramatical más general, y por tanto rígida, inmutable, y se encuentran que hay cositas, como en español por ejemplo verbos irregulares; encuentran que tienen que decir «estuvo», «anduvo» y cosas por el estilo, y no «estó» ni «andó»; encuentran que tienen que decir «quepo» y no pueden decir «cabo».

¿Qué es eso contra lo que los niños luchan?

Pues eso cualquier lingüista se lo dirá: luchan contra la tradición histórica. Porque las irregularidades en una lengua cualquiera son las huellas y los restos de su historia. En el lenguaje como tal, en la propia operación lingüística, ahí no hay Historia, ni sometimiento a la Realidad. Sí en el vocabulario; pero, después del vocabulario, también en algunas zonas de la gramática y, sobre todo en éstas, las irregularidades, las faltas contra la analogía, es decir, contra el *lógos*, contra la razón misma. Esas, las lenguas las tienen por obediencia a la constitución histórica de la sociedad correspondiente. Las irregularidades en la gramática de una lengua son la aparición de la Sociedad, de la sociedad histórica, en esa lengua, aparte de serlo también el vocabulario, que ya está fuera de la gramática. Así que contra eso luchan los niños; de manera que no les extrañe ya oírme decir que efectivamente ahí es una razón común la que está luchando contra imposiciones de otras formas de estructura, de otras formas de saber que no corresponden a esa analogía, a esa razón común. Esto querría que lo tomaran también como un espejo del conflicto entre la vida, los restos de vida, de la vida que se podría vivir, con la que cualquier niño viene a este mundo como un animalillo (ya lo que se deben todas aquellas gracias que nos encantan y que antes conmemoraba) frente a la imposición del Sustituto, la imposición de la Realidad, el sustituto de la vida, la imposición de esa Fe en la que tienen que creer para ir trepando.

Ustedes y especialmente los maestros aquí presentes me dirán que, puestas las cosas así y tratando de decir un poco la verdad, ¿qué diablos puede hacerse con los niños?, pregunta bastante lógica y razonable. En estas cuestiones prácticas no hay ninguna respuesta clara, sino más bien de tipo económico, de más o menos. Desde luego, una condición que nos libraría mucho de hacer tan perfectamente el papel de Herodes sería respetar. Respetar de veras. Respetar, admirar, al misterio que hay en los niños, a todo lo que traen de eso que no se sabe. No imponerles nuestras ideas, no creer que lo sabemos, como en los casos incluso caricaturescos que he puesto antes de pretendido conocimiento de la vida. No pretender que lo sabemos. No pretender aplicarle nuestros esquemas. Tener una, sí, admiración por ese misterio de lo que viene de abajo, y entonces dejarse llevar, en la medida en que uno es capaz todavía gracias a sus imperfecciones, en la medida en que uno es capaz de dejarse llevar por ellos, porque ellos son los que tienen que enseñarnos, los que tenían que enseñarnos vida y gramática común. Serían ellos los que tendrían que enseñarnos. Cabe hasta cierto punto gracias a que no estamos hechos del todo.

Así que les estoy diciendo que lo primero, lo primero desde luego es no saber. No saber. Lo mismo que antes he analizado esta cuestión del saber respecto a los niños, pues ahora la vuelvo contra nosotros: lo primero es no saber, desconfiar de la ciencia divulgada acerca de infancia, de animales, de vida, de niños, de órganos, de todo lo demás. No creer. No creer. Que es lo mismo que no saber, porque yo no distingo, en este punto, entre Fe y Conocimiento, entre Fe y Saber. Tan mortal es lo uno como lo otro, y van a la par lo uno con lo otro. No tener fe, no tener fe: ésta es una condición negativa, pero en todo caso previa.

Bueno, y yo sé que después, pues si a uno le toca ser maestro por ejemplo, o se ha descuidado y ha tenido unos niños en su casa que le han caído a uno como sea y que a lo mejor hasta le llaman madre o le llaman padre, pues qué se le va a hacer ¿no? Hay que reconocer que uno se encuentra en esas situaciones porque... , bueno, porque... ¡hombre! si por lo menos es uno capaz de decir que se encuentra en ellas porque... no sabe cómo, porque se ha encontrado, se ha encontrado siendo papá y mamá sin habérselo buscado ni comido, y se ha encontrado siendo maestro o maestra pues así, porque no sabía qué otra cosa hacer en este mundo, si uno por lo menos reconoce que ha caído en eso de esa manera, pues menos mal.

Pero, en fin, el caso es que está ahí, y entonces, que parece que algo hay que hacer. Tiene uno ahí horas del día, lo mismo en casa que en la guardería o en la escuela. Algo hay que hacer con ellos ¿no? Y yo no sé qué se puede hacer con ellos, ya comprenderán ustedes después de lo que les he dicho. Pero con una cosa sí que quiero terminar: que siempre se puede hacer menos mal, siempre se puede hacer menos mal. Ésta es al menos una proposición humilde y hasta casi realista, como dicen los guardianes de la Realidad: por mucho que uno se sienta obligado a imponer saberes, a creer que sabe y hacer que los niños sepan y cosas de éstas, siempre se puede hacer un poquito peor, con un poco más de descuido, con un poco más de desgana, con un poco más de respeto y de admiración por lo que está debajo. Es decir que siempre cabe hacer algo menos de mal. No puede uno aspirar a grandes cosas, como a dejarse del todo llevar por ellos, porque ya nos hubiéramos liberado de la Realidad, llevados de la manita de los niños, de una vez para siempre y de repente. No puede uno pensar en estas cosas que enseguida se llamarían utópicas, pero lo que sí es realista e inmediato es que siempre se puede hacer algo menos de daño. Y hacer algo menos de daño quiere decir estar algo menos convencido, saber algo menos, tener algo menos de Fe; y de esa manera en cualquier situación, en casa, en la escuela, en la calle siempre se puede hacer algo menos de daño.

Conferencia que se celebró en la Biblioteca Regional de Murcia y fue publicada en la revista Archipiélago nº 31, Invierno 1997